

¡EH! ¡ESE RIVAGORDA!

¡En libertad!

Y Rivagorda se despidió de sus amigos y compañeros de la cárcel¹. Subió las escaleras con un sobresalto en el corazón. ¿En libertad? ¿Sería posible? ¿Cómo?

Pasó por un grupo de milicianos que lo acompañaron hasta la puerta. Allí, un coche, otros milicianos:

—Ven. Vamos a dar «un paseo» a la Pradera.

Se defendió. A culatazos le obligaron.

En la Pradera de San Isidro se encontró con más víctimas. Cinco, seis.

—¡A correr! ¡A ver el que se libra!

¿A correr? Corren unos. Otros, quietos, esperan...

¡Paam!, ¡paam!, ¡paamm!, ¡paaamm!

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Caen todos.

¿Han muerto?

No importa, ya se morirán. ¡A por otros!

Y así, desde el fusilamiento de Fanjul los milicianos rojos iban despejando la Cárcel Modelo, y haciendo sitio para nuevos detenidos, que no cesaban de llevar...² Gritos de angustia y de horror

¹ José Nicasio Rivagorda, ex miembro de la CNT o de la FAI, luego afiliado a Falange, acusado de haber atentado contra Eduardo Ortega y Gasset en abril de 1936. José Antonio Primo de Rivera, hablando de un tal Rivagorda, niega su relación con Falange [véase J. A. Primo de Rivera, *Obras completas. Discursos y escritos*, Madrid, Instituto de Estudios políticos, 1976, p. 1308].

² Joaquín Fanjul (Vitoria, 1880-Madrid, 1936), militar, diputado por Cuenca, fue uno de los líderes del golpe en Madrid. Detenido, fue sometido a un consejo de guerra y fusilado en agosto de 1936.

estremecían hasta las paredes del recinto. En los sótanos se asesina a cuchillo por las noches.

—¡Cochinos «fascistas»! ¡Tan valientes y mira cómo gritan porque se les despelleja vivos!

A un muchacho le cortan los labios y la lengua. Luego las manos, los pies... Le van saizando los miembros sin piedad.

Y muere desangrado.

A otro «fascista» de Falange lo abren «en canal».

Matan a cuchillazos; a tiros no, porque hace mucho ruido y se gastan la pólvora en «esos asesinos del pueblo y de la honrada clase trabajadora».

Desde la muerte del general Fanjul los instintos feroces en libertad van directos a la Cárcel Modelo³.

Se sigue asesinando a la gente de fuera, ¿por qué no? Pero allí los tienen todos juntos e indefensos.

Y la masa azuca: ¡A la Cárcel Modelo! ¡A por ellos! ¡Deshacer la quinta columna!

Las mujeres, esas fieras feas, viejas, asqueantes, ¿hay, hubo alguna bonita entre ellas? Son brujas malditas que exasperan los nervios con sus gritos:

«¡Arrancadles las lenguas! ¡¡Arrastradles las tripas!! ¡¡¡Partid el corazón a los 'fascistas'!!!». Y fustigan con sus voces y sus desnudeces cascadas a la canalla marxista, y excita su bestialidad la sangre caliente y la carne blanda bajo el puñal.

³ La Cárcel Modelo, situada en el distrito de Moncloa-Aravaca donde actualmente se alza el edificio del Ejército del Aire, fue construida en el siglo XIX y utilizada hasta 1939. Entre el 22 y el 23 de agosto de 1936, fue teatro de un confuso incendio y de un asalto por parte de grupos de milicianos que ejecutaron a presos derechistas sin que las autoridades carcelarias pudiesen impedirlo. Sin querer entrar en la historiografía militar, a veces militante, sobre estos sucesos, señalamos que es un tema recurrente en los textos literarios de los sublevados. Destaca, entre otros, la colección de poemas de Francisco Pino, *Asalto a la Cárcel Modelo* (22 agosto, 1936). *Poesía*, Madrid, Aguilar, 1939.

Llegó la confidencia una mañana:

—Los presos comunes saldrán de la cárcel. Antes pegarán fuego a las leñeras y quemarán el archivo y arderemos todos nosotros... ¡¡Cuidado!!

¿Cuidado?

Estuvimos mucho tiempo sin hablar. ¿Para qué?

«Padre nuestro que estás en los cielos...»

El párroco del Buen Suceso don Dositeo Somoza⁴ (¡ay!, ¡pobre de su hermana, ¡cómo lloraba los días de comunicación, apoyando su anciana cabeza en los barrotos...! ¡Ay, pobre!) ha empezado a rezar.

—Preparaos, hijos, porque el fin llega...

«Padre nuestro que estás...»

Y callamos. Las milicias registraban las celdas de enfrente. Sus gritos soeces llegaban hasta nosotros. ¡Ya se llevan a tres! Entran, salen. Van echando algo en unos sacos...

En un minuto me he quitado la vieja camisa azul, la he mojado y puesto en una palangana; encima un calzoncillo blanco, también mojado. Me pongo el pyjama y espero. Carreras, el obrero falangista va a hacer lo mismo con la suya, que lleva bajo el «mono», pero no le da tiempo. ¡Maldita sea!

Se acercan los pasos. Un miliciano grita desde la puerta:

—¡Alto! ¡Todos cara a la pared! ¡¡Al que se mueva me lo cargo!!
Quietos... contra la pared...

—Tú ¿eres cura?

—Sí —contesta el sacerdote.

—Bien, hombre, bien. ¡Esta tarde te asaremos!

—¿Y tú?

—No, yo soy médico —digo.

—¿Médico? Es igual. Serás un sinvergüenza. Cura o médico, te quemaremos también.

—¿Tú?

⁴ Véase nota 14 de la Introducción.

—Yo... —titubea Carreras.

—¡Tú eres obrero! ¿Conque obrero, eh? ¿Falangista? ¡Buen canalla y cobarde! ¡Y caerás esta tarde, hijo de...!

—¿Y tú?

—Yo no soy nada.

Lo mira el «rojo» con desconfianza. ¡Bah, no importa, es un viejo! Y se va.

Entran cuatro más.

—A ver, ¿tú eres cura?

—No, soy médico.

—¡Ah!, médico...

—¿No hay curas aquí?

—Sí, yo.

—Registrad a este.

A don Dositeo le quitan hasta las gafas. Y su manta. Nos quitaban el dinero, las carteras, los «monos», relojes, anillos, gemelos, todo lo que pudiera tener algún valor. Y si les gustaba algo, se lo ponían inmediatamente.

A Carreras le escupen su desprecio.

—¡Quítale el «mono» a este cerdo!

—¡Pero si no tengo qué ponerme!

—¡Quítaselo!

—Pero, compañero, ¿me voy a quedar en cueros?

—Ponte el pyjama de este que parece rico —dice burlón señalándome.

—Y yo, ¿qué me pongo? ¡No tengo más que esto!

—Tú... deja a ese con su «mono» y seguid registrando bien.

—¡Que no se mueva nadie! ¡Que dispare!

Sigue el registro. Llegan al viejo detenido por llevar en el bolsillo *La Stampa di Torino*⁵. Lo palpan. Una alegría maligna ilumina

⁵ Hacia la mitad de 1936, en la Italia fascista, *La Stampa* era el segundo periódico por difusión. Dio mucho relieve a la guerra civil española, con una cober-

sus rostros. ¡Ah!, ¡ese bolsillo interior, tan cosido y con un imperdible oxidado...! Lo rompen y sacan unos papeles.

—¡Cochino viejo! ¡Fuera, muchachos! ¡Aquí no hay más que miseria! ¡Ala!

Y se van.

El viejo nos enseña su tesoro (no sabemos si ríe o llora. Está todo guiñado): tres papeletas de empeño, su reloj y dos anillos. ¡Oh, papeles salvadores!

Más milicias.

—Aquí ¿quiénes sois?

Carreras se acerca a uno.

—¿Me das lumbre?

—¡Apártate, canalla! Y el miedo hace que retroceda el miliciano (¡Somos fieras los fascistas!)

—Lumbre te daremos esta tarde, ¡pero en todo el cuerpo!

—¿Y aún tiene ganas de fumar este? ¡Maldito cerdo!

—¡Bueeeno! —deja caer el obrero con guasa.

Creí que se lo cargaban allí mismo.

Dejan abierta la puerta. Siguen los registros celda por celda. Insultos, gritos, órdenes, palabrotas.

—¡Que no se acerque ninguno! ¡Que dispare!

—¡Asesinos fascistas!

—¡Cobardes! ¡Asesinos del pueblo!

—¡Esta tarde descansaréis todos!

A las dos nos sacaron al patio. En las celdas quedaron los paquetes con comida que nuestras familias nos enviaron por la mañana. Sin abrir, pulcros, con tanto cariño algunos preparados... No habíamos comido nada desde la noche anterior.

En el patio, solos, sin guardianes, sin milicias.

tura amplia de los hechos, incluso mayor que el *Corriere* [véase N. Tranfaglia, P. Murialdi y M. Legnani (eds.), *La stampa italiana nell'età fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1980, pp. 184-187].

Alguno anima de corro en corro.

—Dicen que hay veinte mil moros en Getafe.

—Por la Casa del Campo se ha oído fusilería...

—¿Llegarán nuestros aviones a tiempo?

Las conversaciones decaen a pesar nuestro...

—El que salga con vida de aquí...

—Nos achicharran vivos...

—¡Oh!, todavía hemos de ver cosas...

—Oye, por si tú te quedas, mi mujer vive en...

Se eleva una columnita de humo. Y otra. Y otra más. ¡Fuego!

El patio se va poblando de papeles quemados que revolotean mucho antes de caer.

En los pabellones militares que mandó edificar el general Primo de Rivera, se asoman cientos de hombres y mujeres con fusiles. Nos gritan improprios. Son los mismos de siempre: «¡Cobardes! ¡Asesinos! ¡Fascistas! ¡Ladrones! ¡Asesinos del pueblo! ¡Asesinos del pueblo!».

En la garita del centinela hay apostados ocho o diez guardias de Asalto de reciente creación⁶. También nos insultan, apuntándonos.

Instintivamente nos van replegando contra el muro del centinela. ¿Cómo no disparan ya? ¿A qué esperan? ¡Esta angustia es peor!

En el medio del patio, erguido, moreno, los labios prietos, con su bigotito recortado y su gorra de ciclista, Garcés, jefe de Centuria de Falange, mira a la casa que revienta de milicianos, fusiles y ametralladoras.

Parece allí, y lo es, el vigía. Recomienda calma a todos, y espera impávido, dando un alto ejemplo de valor y hombría, lo que va a pasar...

⁶ El Cuerpo de Seguridad y Asalto fue creado por la Segunda República, en 1932, como una fuerza policial para el mantenimiento del orden público. Con el estallido de la Guerra Civil, se mantuvo fiel al Gobierno. A finales de 1936 fue reorganizado, uniéndose a la Guardia Civil.

Sentado en el suelo, Pereyra, fuerte, grueso, imparable, poco resguardado, no se movió de su sitio. Tal vez presentía que de un modo u otro... Por la noche lo mataron a cuchilladas...

Los de la casa gritan ahora a los guardias de la garita:

—¿Por qué no lo matáis ya? ¡Empezad de una vez, so blandos!

—¡¡Ya son nuestros!!

—¡No tenemos órdenes!

—¡Qué órdenes ni historias! ¡No las necesitamos!

—¡¡Ya no hay jefeees!!

—¡¡Viva la libertad!!

¡Paamm! ¡Paaam!... ¡Paaamm!...

Fue la consigna. Comenzaron a disparar de tal manera, era tal el diluvio de balas, que los de Asalto, horrorizados, se tiraron al recinto:

—¡Animales! No tiréis.

—¡Casi nos matan!

—¡Que no disparéis!

El ruido se hizo ensordecedor. Parecía que de todas partes lloviesen balas. ¡Tac, tac, tac, tac, tac! comenzó la ametralladora. Silbaban sobre nuestras cabezas, rebotaban el piso, en los muros, en nuestros cerebros...

Amontonados en el muro de la garita, quietos, callados, hacina-dos, hacíamos nuestras oraciones encomendándonos para morir novecientos hombres, unos sobre otros, apelonados, estruján-donos, pateándonos, con un brazo pisoteado, de cualquier modo y en las posturas más absurdas; aun así y todo presentábamos blanco a las balas.

¡Tac, tac, tac, tac, tac, tac, tac! ¡Paaamm! ¡Paaamm! ¡Paaamm!

Saltaba la arena a poca distancia nuestra, tanto y tan seguido, que más que el ruido atronador nos demostraba la cantidad enorme de las balas disparadas. Teclaban en el tejadillo de cinc; hacían un ruido seco, de dar en huesos, al rebotar en las paredes,

que se desconchaban con una velocidad vertiginosa... El aire era gris.

¡Tac, tac, tac, tac, tac, tac! ¡¡Paaaammm!!

Gritos, insultos, ruido.

De la casa de la esquina disparaban ahora también. Los tiros caen sesgados.

—Estoy herido —dice uno muy bajito.

Otro también.

Cae a mi lado un camarada, sin decir nada.

¿Muerto?

—¡Qué espectáculo más maravilloso! ¡Magnífico! ¡Insuperable!

¿Quién habla? ¿Quién dice eso?

Se separa del grupo. No pudo llegar al centro del patio.

Cerca de mil pares de ojos lo miran con asombro:

¡Está loco!

—¡Magnífico! ¡Qué bien preparado! ¡Cuánto ruido! ¡Qué espectáculo!

¡Paam! ¡Paaamm! ¡Paaaamm! ¡Tac, tac, tac, tac!

Y cae. Cien balas le han dado.

Quietos, mudos, parece que nos apretamos más contra nosotros mismos. Hay a quien le corren las lágrimas y no de cobardía...

¡Paaamm! ¡Paaaammm! ¡Tac, tac, tac, tac, tac! ¡Paaaammm!

—¡Se mueve mucho el metro! ¡Cómo se mueve! ¡¡Déjeme salir!!

Y otro se aparta. Sale.

—¡Cómo se mueve el metro!

Ya cayó.

—¿Cuánto durará esto?

Un estrépito enorme en las celdas de la primera galería, golpes contra las puertas... El incendio hundió el rastrillo de la segunda, la nuestra, y los milicianos no pueden por eso entrar en nuestro patio.

Esperamos ver aparecer sus fusiles por las ventanitas de la primera. Ya no habrá salvación. El muro aún nos resguarda algo.